

La LUZ
y el MISTERIO *de las*
CATEDRALES

JOSÉ MARÍA PÉREZ
PERIDIS



Santa María la Real
FUNDACIÓN



tve

Las catedrales no son únicamente los más bellos monumentos de nuestro arte, son los únicos que viven su vida integral, los únicos que permanecen en relación con la finalidad para la que fueron construidos.

MARCEL PROUST

INTRODUCCIÓN

Después de haber realizado para Televisión Española los treinta y tres episodios de la serie documental titulada *Las claves del románico*, en la que un equipo de técnicos de la comunicación e investigadores del arte y de la historia tratamos de acercar del modo más asequible para el gran público la vida y arte de aquellos tiempos del Medievo, recibimos numerosas sugerencias de personas que nos animaban a hacer nuevas series sobre la época gótica, sobre el Renacimiento e incluso sobre estilos de épocas posteriores.

Como quiera que a lo largo de muchos siglos de obras, las catedrales han recorrido todas las edades y son el testimonio más acabado de todos los estilos, el contenedor de la memoria y el almacén que guarda buena parte de la historia de las ciudades, hemos grabado, para disfrute de los teleespectadores interesados en la materia, una nueva serie titulada *La luz y el misterio de la catedrales* que pretende mostrar la historia y sabiduría que contienen estos navíos prodigiosos que navegan de generación en generación.

Este libro no es una guía histórico-artística, tampoco un libro de viajes, ni la trasposición mimética de los guiones de esta última serie, porque desprovistos del apoyo de las imágenes, la palabra y la música, hemos pretendido —con la limitación que supone disponer solamente de la escritura— dar las pinceladas necesarias que ayuden a entender, sentir y disfrutar a los lectores con la historia, la belleza y el misterio cuasi indescriptible que se esconde en estos monumentos incomparables con el mismo calor y apasionamiento que lo hemos sentido nosotros.

Pedimos disculpas de antemano a nuestros benévolo lectores porque nos hemos tomado la licencia de imaginar y describir determinados sucesos, historias o vivencias que aunque, desde el punto de vista histórico no sean de una

exactitud matemática, a nosotros nos han servido para dibujar el perfil de los personajes y el colorido de las situaciones.

PRÓLOGO

Vivía yo durante mi infancia en la montaña palentina, junto a las ruinas de un viejo monasterio premostratense de oscuros orígenes medievales. Aquel desvencijado y desahuciado «convento caído», cuyo paso estaba prohibido a los visitantes, era el ámbito de mis juegos infantiles y el escenario donde hice mis primeros pinitos como cicerone.

La potencia de los muros que se resistían al abrazo de las enredaderas, la pericia de los arcos y las bóvedas que saltaban de muro a muro como por arte de magia, las suntuosas escaleras que no llevaban a ninguna parte y aquel claustro expoliado que sembraba fragmentos de cimacios y capiteles entre las zarzadoras me fascinaban.

Me desasosegaba aquella iglesia desnuda, donde una bandada de gorriones desafinaba penosamente en el coro cuando trataba en vano de reproducir los ecos del canto gregoriano, y pánico me daban los sepulcros destripados desde los que nos miraban con asombro, desde el abismo de sus cuencas vacías, los difuntos nobles castellanos. Pero sobre todo me excitaba deambular al anochecer, espantando a los murciélagos que se colaban por los agujeros de las bóvedas y hacían piruetas sobre nuestras cabezas de chorlito, en aquellas estancias asomadas al vacío cuyos ventanales crujían cuando, sacudidos por el viento, flagelaban sus extremidades contra las embocaduras.

Pero todas las experiencias que allí vivía casi a diario alimentaban mi curiosidad infantil, eran una llamada permanente a la aventura y un estímulo irrefrenable que me llevaba a desafiar el miedo, la prohibición y el peligro y han sido la tierra fértil de la que han brotado mis aficiones al dibujo y a la arquitectura, al románico y al patrimonio, a los monasterios y a las catedrales y a todo lo que concierne a

aquel apasionante tiempo del Medievo lleno de arte, de historia, de leyendas, de fantasía y de terrores milenarios.

Un tiempo de peregrinos y cruzados, de monasterios y castillos, de invasiones y reconquistas, de sermones y reliquias, de pestes y hambrunas, de religiosidad y hechicería, de pecado y de penitencias.

Ese momento memorable donde lo sagrado convive con lo profano y las hojas de acanto se enfrentaban en los claustros a las harpías y a los dragones, ese período fecundo donde los latines se injertaron en las lenguas vernáculas y dieron a luz las lenguas romances. Las pequeñas iglesias románicas de tantos pueblecillos y las catedrales que desde entonces sobreviven son esas naos prodigiosas que surcan los siglos de generación en generación.

En el interior de esos templos se dilucida la lucha entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, entre el espíritu y la materia, entre el peso y la levedad, entre la duda y la fe, entre el misterio y la certeza, entre la tierra y el cielo, entre la presencia y el olvido.

Hasta la llegada del cristianismo, en todas las culturas el lugar de la divinidad —lugar de ritos y ceremonias— solía ser un lugar penumbroso, mágico y oscuro. La entrada estaba reservada a los sacerdotes que oficiaban sus cultos en la más absoluta intimidad y el ceremonial se celebraba en el exterior con el pueblo distanciado de los oficiantes.

El cristianismo, sin embargo, como religión del amor fraterno, necesitaba un lugar amplio donde se pudieran reunir los creyentes para la comunión de los santos, y encontró en la basílica romana —un gran salón con artesonado de madera sobre columnas— el modelo arquitectónico cuasi perfecto para sus celebraciones, aunque los incendios que se producían por la iluminación mediante velas y lámparas de aceite eran una amenaza permanente. Además la madera no es un material con vocación de eternidad como la piedra y, en mucha menor medida, el ladrillo.

Siguiendo en parte el ejemplo del Panteón romano y su ojo celeste milagroso, en Bizancio construyeron Santa Sofía y consiguieron cerrar un imponente espacio cubierto por

una aplanada cúpula gigantesca. Esta parece flotar ingravida sobre una corona luminosa formada por cuarenta ventanas cuyos focos luminosos proyectan la luz natural sobre los mosaicos multicolores que cubren todos los muros de la basílica, llenando de emoción y de un sobrecogedor asombro y transportando su espíritu a lugares desconocidos a los que tiene la suerte de visitarla.

No es nada fácil acercarse a los monumentos sin prejuicios, porque vivimos en una sociedad que previamente nos los ha descrito, dibujado, fotografiado, filmado; en un mundo cada vez más lleno de imágenes y estereotipos. Lo que buscamos en nuestros viajes es la confirmación del relato previo, aquello que otros descubrieron, estudiaron y contaron, bien sea en una película o en una novela.

La mayoría de nosotros somos peregrinos antes que conquistadores, y pocas veces nos atrevemos a enfrentarnos con la página en blanco de nuestros gustos o nuestras percepciones cuando nos encontramos delante de un monumento que visitamos por primera vez. Por otra parte, tenemos grabados a fuego en la memoria los sucesos, las emociones y las impresiones que recibimos en nuestra infancia; también las que recibimos de aquellos edificios que más nos impresionaron como fueron, sin duda ninguna, aquellos templos donde hicimos la primera comunión.

Yo la hice en Aguilar de Campoo donde, aparte del «convento caído», teníamos una iglesia imponente, la excolegiata de San Miguel. La gente del pueblo decía que para ser catedral solo le faltaba el obispo. Por entonces todavía tenía un estupendo coro bajo, delimitado por una rejería, que ocupaba buena parte de la nave central. A la sombra del órgano, los chiquillos nos escondíamos durante la misa escuchando con asombro las procacidades de los mozalbetes en aquellas catequesis clandestinas que eran un verdadero oficio de tinieblas. En su robusta torre renacentista, que todavía delinea la silueta de la villa, sigue el mismo reloj que nos recordaba implacable que la hora del recreo acababa de terminar.

Pocos años después de acabada la guerra civil demolieron el Ayuntamiento que, separado de la fachada de la iglesia por un callejón, ocupaba un lugar preferente en la plaza, alteraba el itinerario de las procesiones y emborronaba las perspectivas de la iglesia.

En el interior, el benemérito párroco don Carlos promovió unas obras de limpieza y remodelación del templo que despejaron de obstáculos las naves de la colegiata y dieron al traste con el coro y su acompañamiento de órganos, sillerías y rejerías. También se picaron los enlucidos y revestimientos, sacando a la vista la piedra —donde la había—, y dejaron como nueva aquella iglesia de tres naves con gran contento de los feligreses que presumían de catedral para envidia de los vecinos de todos los pueblos colindantes.

A buen seguro que don Carlos tenía sus buenas razones para desembarazar los espacios de estorbos y aditamentos. El pueblo crecía en población gracias a sus afamadas galletas María y el coro central era un añadido renacentista que, ayuno de canónigos, solo servía para desplazar a los fieles a las naves laterales, impidiendo que aquella magnífica iglesia diera un acomodo digno a las muchedumbres que acudían a misa de doce los domingos o en los días de duelo a los cientos de vecinos que asistían a los funerales.

Acostumbrado como estaba a divisar la imponente mole de la iglesia de mi pueblo desde los rincones del valle y desde todos los recodos del río Pisuerga, o desde el fondo de una formidable plaza triangular llena de soportales, y admirado de sorprender su coquetería cuando se veía reflejada en los miradores de las casas mientras bañaba su silueta, no es de extrañar que cuando visité por primera vez la famosa catedral de Jaca sintiese una decepción considerable.

Primero porque no conseguí identificar su perfil desde las afueras como ocurre, por ejemplo, con Santo Domingo de la Calzada; además, los edificios más modernos superaban la altura de su torre con creces y carecía de una gran plaza que le diera protagonismo y realce. Por si esto fuera poco, tenía adheridas a sus primitivas fábricas numerosas edificaciones parásitas que impedían recorrerla y contemplarla en todo su perímetro y desdibujaban la imagen ideal que me había hecho de ella, tomando como modelo no solo la iglesia de mi pueblo, sino sobre todo la de su hermana gemela San Martín de Frómista, que como todo el mundo sabe ennoblecía el Camino de Santiago a su paso por las inabarcables llanuras palentinas de la Tierra de Campos.

En estas tierras de pan llevar, enclavados en pueblos de tapial y adobe como Támara, Santoyo o Villacázar de Sirga, todavía resisten en pie templos inmensos cuyas fábricas y cubiertas tienen un tamaño tan desproporcionado que se pueden distinguir a decenas de kilómetros de distancia, sacando casi todo su cuerpo muy por encima de los tejados de la población. Lo mismo ocurre hoy en día con la catedral de Segovia, y así era hasta hace relativamente poco en la mayoría de nuestras ciudades como se puede comprobar en las vistas que los viajeros europeos hicieron de las capitales españolas.

Esto era precisamente lo que yo me esperaba encontrar en los Pirineos, cuando, hace ya varias décadas, viajé por primera vez a la capital de la Jacetania, al norte de la provincia de Huesca.

VASALLO DEL PAPA

Daba gusto ver a Sancho Ramírez entrando en el foro de Roma al frente de una comitiva de nobles, clérigos y familiares que desfilaban con la cabeza bien alta entre las columnatas de las vías romanas, en una ciudad renacida que, además de una población considerable, mantenía monumentos portentosos como el Panteón, el Coliseo y las grandes basílicas cristianas. Y también, desafiando el paso del tiempo, los saqueos y expolios —y pugnando por mantenerse en pie con dignidad ciceroniana—, arcos de triunfo, templos, termas, coliseos, teatros y anfiteatros.

Aquellos aragoneses de las montañas pirenaicas estaban estupefactos con la gran cantidad de estatuas, capiteles, fustes, metopas, frisos y cornisas que emergían entre la hierba y el musgo en cualquiera de los prados y bosques de la antigua capital del Imperio.

Algunos curiosos e interesadas meretrices contemplaban aquella variopinta comitiva llegada desde los perdidos valles del Pirineo meridional, que preguntaba en un latín casi ininteligible cuál era el camino más seguro para llegar al palacio del papa.

Corría el año 1068 y, aunque a sus veinticinco años llevaba ya siete años reinando en Aragón, solo tenía unos dominios muy menguados en los valles pirenaicos de la actual provincia de Huesca, una minucia si se compara con lo que es hoy la comunidad autónoma.

Pero no era un cualquiera, pues era hijo de Ramiro I y biznieto del gran Sancho III el Mayor de Navarra, simiente de una estirpe de reyes, infantes y condesas repartidos por todos los reinos cristianos del norte de España, que tenían la mala costumbre de matarse o guerrear entre ellos por los lindes de la herencia recibida del abuelo.

Sancho viajaba aquella Semana Santa a Roma, tratando de desarrollar una estrategia política de altos vuelos. Quería colocarse bajo el manto protector del pontífice a cambio de ofrecer vasallaje a un papado que andaba buscando, a

su vez, el apoyo de los reinos y condados pirenaicos para afianzar un poder terrenal universal que le permitiera librarse de la dependencia del emperador. Lo hacía ejerciendo la potestad que le daba ser portador de las llaves de Pedro, lo que le permitía lanzar la excomunión a cualquier autoridad o dignatario por muy alto que estuviera, si se atrevía a nombrar obispos, abades o clérigos sin la conformidad eclesiástica competente.

La excomunión llevaba aparejada no solo la condenación eterna, sino también otras cosas peores, a corto plazo, como perder la corona y el imperio, porque la reprobación pública de un mandatario eximia a todos sus súbditos de la obligación de rendirle vasallaje.

Ufano y contento volvería a casa Sancho de su productiva visita a Roma. El viaje a la ciudad de las siete colinas no había sido en vano. No regresaba con las manos vacías, puesto que el vasallaje ofrecido al pontífice suponía la protección de este para su reino y su persona. Era cierto que el papa le había puesto deberes harto peliagudos —como implantar en su reino el rito romano en detrimento del hispano y, además, se había obligado a poner a los monasterios bajo la obediencia directa de Roma en vez de los obispos—, pero lo peor de todo era el compromiso de pagar quinientos mancusos de oro al año a cambio del «patrocinio» del papado.

Unos honorarios que solo podía abonar entonces Alfonso el de Castilla. No tenía ni la menor idea de dónde iba a sacar los dichosos mancusos, pero allí, en la corte papal de Roma, rodeado de la curia, con el papa Alejandro sentado en la cátedra de Pedro, no parecía prudente ni decoroso ponerse a regatear por quinientos mancusos de oro que eran una nadería en comparación con los beneficios que el trato privilegiado y la bendición del sumo pontífice habrían de reportarle.

Regresaba contento a su tierra porque traía un grandioso proyecto en la cabeza. Sancho Ramírez era otro a la vuelta de Roma, porque la entrevista y el acuerdo con el sumo

pontífice habían abierto en su mente ambiciones territoriales y ansias de capitalidad insospechadas anteriormente.

—¡Ahora podemos! —se decía—. Claro que podemos. Lo primero que haremos será la capital del reino. Un rey que se precie debe tener una capital como Dios manda en una ciudad grande, con muchos súbditos y vasallos, con un río con puentes como el Tíber, y palacios, río y murallas como las Zaragoza, o en su defecto como las de Huesca, o al menos estar en una amplia llanada como la de Jaca, donde me dejó mi padre una buena fortaleza. Haré unas calles rectas y bien pavimentadas para que circulen los carros sin estorbarse, y por las dos principales, el cardo y el decumano, discurrirán los peregrinos, artesanos y comerciantes llegados de Francia y desfilarán mis soldados cuando volvamos victoriosos de nuestras conquistas en tierra de infieles. Con sus impuestos podré enviar al papa los quinientos mancusos cada año y levantaré una basílica casi tan grande como las de Roma, y con la venia del papa nombraré a mi hermano García obispo de Aragón con sede en Jaca, que es mejor tenerle cerca y entretenido en asuntos de religión que conspirando contra el rey, su hermano. Y a mi hermana Sancha la asignaré las mejores abadías de mi reino, sean estas de hombres o de mujeres.

LAS ENSEÑANZAS DE LAS RUINAS Y LOS MONJES

El viaje romano de Sancho Ramírez demuestra que Roma no estaba tan lejos en el espacio como para impedir el desplazamiento a una comitiva regia desde los lejanos valles pirenaicos. Tampoco estaba lejos en el tiempo, puesto que solo habían transcurrido cinco siglos desde la caída de un Imperio cuyos destellos estaban alumbrando en el Medievo un nuevo tipo de sociedades que, aunque feudales, tenían a Roma como faro y como referencia. Roma era el sustrato del que brotaban por toda la geografía europea reinos nuevos que se veían a sí mismos como continuadores de aquella civilización. Los pontífices se consideraron legítimos descendientes de los emperadores cristianos que, desde Constantino hasta su caída, gobernaron el Imperio.

El cristianismo era la creencia común y, por tanto, el pegamento aglutinador que a través del rito romano estaba unificando la liturgia y trataba de evitar herejías y desviaciones disgregadoras.

Los monjes, especialmente los benedictinos cluniacenses que dependían directamente de Roma, reforzaron el papel del pontífice romano levantando monasterios por toda Europa que no solo recogían en sus scriptorium los saberes de la antigüedad, sino que colonizaban vastos territorios, extendiendo su influencia e imponiendo el orden que se derivaba de la regla de san Benito en los lugares que controlaban.

Sin duda alguna, fueron los agentes que contribuyeron en mayor medida a que florecieran de forma vigorosa las artes durante aquel primer renacimiento, haciendo, de lo que hemos dado en llamar el románico un estilo propio original, considerado por ellos como continuación del clasicismo.

—Todo lo que Roma fue lo enseñan estas ruinas —decían los hombres del Renacimiento.

De ruinas y templos surgió toda la arquitectura medieval, de los sarcófagos y relieves aprendió la escultura y en las pinturas murales de Roma se inspiraron los artistas medievales para la ornamentación de los templos. Aunque se ha dado en llamar «edad oscura» al Medievo, la época románica no lo fue en absoluto; al menos no lo percibían así las gentes que vivían en aquellos tiempos.